

El arte y la mujer en la prehistoria

DIOSA DE LA FERTILIDAD

El conocimiento que tenemos de la mujer en la prehistoria se fundamenta en el legado artístico que ha llegado hasta nosotras a partir de las primeras obras que originaron el nacimiento del Arte.

Hace aproximadamente unos 30000 años, los grupos humanos efectuaron las primeras obras artísticas en las cuales plasmaron el mundo que conocían. Estas manifestaciones plásticas las realizaron, en su mayoría, pintando y grabando sobre las paredes rocosas de profundas e impresionantes cavidades, aunque también efectuaron arte sobre marfil, hueso, arcilla, entre otros materiales, mediante las técnicas del grabado, bajorrelieve y escultura. Las primeras obras artísticas, realizadas sobre las paredes rocosas de impresionantes cuevas, se conocen con el nombre de arte rupestre o arte parietal, las segundas, se integran en el arte mobiliario cuaternario. En unas y otras la figura femenina fue plasmada repetidas veces, dándonos a entender la gran importancia que la mujer adquirió en el seno de las comunidades humanas del llamado paleolítico superior, durante un período que perduró unos 20000 años, desde el 30000 hasta el 10000 a.n.E.

La imagen de esta mujer prehistórica fue magnificada en sus atributos sexuales, en la mayoría de las representaciones artísticas, con grandes caderas, voluminosos senos y abultado vientre; presentando una figura de acusada esteatopigia, atributos que han sido vinculados a la fuerza o al poder de su fertilidad o fecundidad. En casos, esta idea de fecundidad viene reforzada todavía más ante las representaciones femeninas frontales que sujetan en la mano derecha un cuerno, interpretado como cuerno de la abundancia o cornucopia. En otras ocasiones, la figura femenina se encuentra asociada a la figura del bisonte, animal que abundaba en las amplias estepas euroasiáticas durante la etapa cultural del paleolítico superior, y que suponía una apreciada presa de caza por su abundante biomasa, que aseguraba una reserva de carne importante para el grupo humano. La simbología de esta asociación pudiera interpretarse como los elementos de importancia básica que garantizaban la supervivencia del grupo, a través de la fertilidad de la mujer, y de la seguridad alimenticia proporcionada por la carne del bisonte.

Las primeras representaciones de la mujer durante esta época fueron ejecutadas con la técnica del grabado sobre las paredes rocosas de las cavidades; los profundos y sencillos surcos nos muestran siluetas de perfil con senos y cade-

* Cátedra de Prehistoria. Laboratori d'Arqueologia prehistòrica. Universitat Jaume I de Castelló.

ras protuberantes, en su mayoría acéfalas y ápodas, en posición semiencogida, a menudo representadas en grupos alineados. Su cronología se sitúa entorno al 30000/27000 a.n.E. Con esta misma cronología aparecen las imágenes de genitales femeninos, algunos plasmados con gran realismo y otros con cierto esquematismo, que perdurarán durante todo el transcurso de la cultura paleolítica, haciéndose cada vez más realistas: triángulos púbicos y vulvas.

También aparecieron en esta misma etapa, gravetiense o perigordiense, de inicios del paleolítico superior, pequeñas esculturas femeninas, realizadas sobre marfil, asta y piedra, cuya difusión en el último período del paleolítico superior, magdaleniense, se extendió hasta las estepas siberianas, por Europa central y oriental. Al final del magdaleniense estas estatuillas se realizaron en jade, hueso, marfil etc., y se utilizaron incluso como colgantes.

Los primeros descubrimientos de representaciones femeninas cuaternarias, se efectúan en 1864 en el yacimiento francés de Laugerie Basse, en donde se halló una figurita de marfil, sin cabeza y con el sexo claramente marcado, lo que motivó su denominación de «venus impúdica». En 1867 se descubre en Francia, otra estatuilla de marfil en la cueva de Trou-Magrite, cuyo aspecto es mucho más tosco que la anterior. Entre 1867 y 1868 se da a conocer la célebre plaqueta grabada de «La mujer y el reno» también hallada en Laugerie-Basse. Más tarde en 1883 y 1895 se descubren en las cuevas italianas de Grimaldi diez esculturas femeninas de esteatita verde y amarilla, y otras de hueso. En 1888 en la cueva francesa de Mas d'Azil se halló una figura de mujer esculpida sobre un incisivo de caballo. Estos descubrimientos precedieron al que fue uno de los más importantes conjuntos de venus paleolíticas esculpidas en marfil, que se hallaron en 1892 en la cueva del Pape de Brassempouy (Bélgica).

La enumeración de todos los hallazgos sería interminable, pero estos primeros descubrimientos realizados en el siglo XIX serán los precursores de un innumerable conjunto de representaciones femeninas que en la actualidad se han registrado por toda Europa.

Todas las esculturas muestran a la mujer con una figura esteatopígica, en casos su voluminoso vientre parece responder a un estado de gravidez; los pies no existen, y los cortos brazos se señalan por unos trazos grabados que se apoyan sobre los prominentes senos. La cabeza, cuando la tienen, sólo presenta algún trazo grabado que sugiere un tocado o un peinado, pero su rostro carece de rasgos faciales, no se trata, por tanto de un retrato, sino de un símbolo. Estos mismos cánones se repiten en las representaciones rupestres o parietales, tanto en los grabados como en los bajorrelieves. La única muestra de un rostro femenino de esta época, vagamente insinuado, se halla en la cabecita de la llamada «venus de Brassempouy» cuyas ojos y nariz están ligeramente señalados bajo el peinado o tocado de su cabeza, motivo por el cual se la ha llamado «Dama de la capucha». La forma general del cuerpo de estas «venus» es losángica, con la cabeza atrofiada al igual que sus extremidades inferiores.

La aparición de estas figuras femeninas suscitaron gran cantidad de hipótesis acerca de su significado:

- retratos de mujeres reales que vivieron en el paleolítico.
- posible existencia de dos etnias humanas diferentes: una esbelta y otra corpulenta.

La primera hipótesis no parece muy plausible a juzgar la poca entidad de sus rasgos faciales, ya que con excepción de la venus de Brassempouy, el resto de representaciones todas tienen una característica común: su anonimato.

En cuanto a la segunda hipótesis, es cierto que algunas de las estatuillas presentan unas proporciones normales, mientras que otras, muestran unas formas adiposas y de desproporcionado volumen, que sugieren la idea de mujeres preñadas o en curso de dar a luz, como nos lo muestra la figura de Tursac, pero esta dualidad no parece responder a una distribución geográfica definida que pueda ser asimilada a diferencias étnicas.

Las series de figuras femeninas son relativamente homogéneas durante la primera etapa del paleolítico superior, pero a partir del solutrense, etapa media de este período cultural, y especialmente en la etapa final del magdaleniense, las representaciones son extremadamente variadas, tanto en el llamado arte mobiliario como en el arte rupestre o parietal. Esta diversificación parece responder más a una complejidad en la evolución de los gustos estéticos artísticos, también detectada en el conjunto de otras expresiones del arte cuaternario del mismo período.

Durante esta segunda etapa de ejecución, las imágenes de mujeres son numerosas y muy variadas. Se han podido diferenciar dos fases de ejecución: la primera fase, atribuible especialmente al período magdaleniense medio, presenta grabados sobre materiales diversos. Las imágenes corresponden a figuras esteatopígicas que van adornadas con collares, brazaletes, etc.; la segunda fase se ha situado en el magdaleniense superior y contiene grabados y esculturas, pero todas son de una extremada estilización, las piernas sólo quedan señaladas por una forma triangular o cónica, el tronco, por un apéndice informe, la cabeza jamás está representada, los senos, los brazos y el sexo sólo están indicados en ocasiones. En esta segunda fase las esculturas también son muy estilizadas, y algunas tienen silueta de bisonte como «Les femmes-bisons» de la cueva de Pech-Merle.

Begouen dijo que si los artistas paleolíticos habían representado así a la mujer, era con el fin de venerarla en su papel de generatriz, y con la idea de hacerla fértil mediante estas figuras mágicas o de hechizamiento, que propiciaban su fecundidad.

La imagen de la mujer paleolítica correspondería probablemente a un ideal de belleza, recordemos que aún hoy, entre los primitivos actuales, las mujeres obesas constituyen un símbolo de ostentación de la riqueza o del poder del marido. Un cuerpo obeso y adiposo, como el que muestran estas representaciones

femeninas, desde la cultura auriñaciense a la magdaleniense, también responde a una realidad física, la protección de grasa era necesaria para soportar el clima intensamente frío de la Europa glaciaria.

Por otra parte las estatuillas constituyen probablemente, más que un ideal estético, un ideal erótico. El hecho de que sus órganos sexuales estén señalados prioritariamente, puede entenderse que responde a un concepto social, como modelo de mujer y madre, dentro del binomio placer/reproducción. Todo ello pudiera interpretarse como ideales eróticos de mujeres vinculadas estrechamente al concepto de fecundidad.

Dicho concepto se sugiere constantemente en el arte cuaternario a través de las figuraciones de animales en estado grávido, lo que puede indicar una especie de sincretismo que asocia, en un mismo mito, la fecundidad humana y la fecundidad animal.

En este sentido no hay que olvidar que la importancia de la biomasa animal, que asegura la alimentación del grupo humano, es equiparable a la importancia de la supervivencia del colectivo humano a través de la garantía de la reproducción del mismo. Si en el primer caso, quizás fueron los hombres, hábiles y fuertes, los que procuraban la carne suficiente para el mantenimiento del grupo, en el segundo caso, fue, sin duda la mujer, la que tenía los poderes de creación para mantener un número suficiente de individuos que garantizara la fuerza de trabajo necesaria para su supervivencia.

Otra observación, en este mismo aspecto, es la que se puede realizar a través de la ya citada asociación mujer y bisonte, y que encontramos en varias cavidades con expresiones artísticas, tales como Angles-sur-Anglin, Laussel, La Madeleine, Laugerie-Basse, yacimientos que ya hemos señalado anteriormente. En casos, la silueta de la mujer muta a la del bisonte. Esta simbiosis mujer/bisonte también estaría posiblemente relacionada con la fuerza, la opulencia y la fecundidad, y en definitiva, con la idea protectora de la caza, como parecen demostrarlo los bajorrelieves de Laussel, en los que se encuentran dos mujeres situadas en los laterales del friso, sosteniendo una cornucopia, y un hombre disparando un dardo sobre una cierva. También en los grabados de la cueva de Pech-Merle se hallaron siete siluetas femeninas asociadas a figuras de mamouths; en una galería de esta misma cavidad un grupo de estalactitas, de forma semicircular, fueron oscurecidas dándoles la apariencia de senos femeninos; así pues el carácter mágico, religioso y ritual entre mujer/animal es muy frecuente. Por estas razones Mainage planteó una interpretación de culto zoolátrico en el paleolítico. En efecto, ya desde principios del paleolítico superior se observan estas asociaciones de la mujer y el animal; así en algunos bloques grabados de La Ferrassie se representaron vulvas femeninas junto a diversos animales: équidos, bóvidos, cápridos, cérvidos; o mujeres desnudas junto a caballos, como en la cueva de Terro Piat. Estas asociaciones, de indudable carácter mágico sexual, unas veces evocan imágenes de mujeres grávidas, vin-

culadas a la fecundidad, y otras, las más esbeltas, probablemente debieron estar implicadas en ceremonias de iniciación.

La mujer fue pues el principio universal de fecundidad, ocupando un lugar central en la mitología religiosa paleolítica, como fuente de vida y como lazo de unión humana entre los animales y la naturaleza.

El hecho de que algunas de las pequeñas esculturas femeninas se hayan encontrado en el interior de los hábitats, especialmente en las cabañas siberianas construidas con huesos de mamouths, nos sugiere la posibilidad de una vinculación funcional de amuletos o fetiches, como protectores de la supervivencia grupo humano y, a la vez, propiciatorios de la fecundidad de la Naturaleza.

La organización social que podemos atribuir a estas primeras comunidades humanas paleolíticas es la de tribu o clan. Probablemente se trataría de sociedades de sistema igualitario, si tenemos en cuenta su base económica de subsistencia. Por tanto las instituciones de tipo familiar, o la familia nuclear no existirían. Las relaciones sexuales se mantendrían comunalmente, y es muy probable que siendo la descendencia por vía materna, los lazos de parentesco fueran exclusivamente matrilineales, ya que sólo la mujer podía reconocer a su propia progenie, mientras que el hombre la ignoraba. Este hecho nos inclina a creer como más plausible la existencia de un matrilineado sobre un matriarcado, durante el paleolítico. El matriarcado sugiere poder político y económico, y las organizaciones sociales paleolíticas no poseen estas estructuras de poder, si tenemos en cuenta su desarrollo socio-económico. A lo sumo la mujer respondía a un poder religioso e indirectamente económico, puesto que en torno a ella giraron los rituales mágicos de fecundidad que aseguraron la pervivencia del grupo frente a una Naturaleza, hostil e ignota.

Una de las razones que nos ayudan a comprender esta situación, puede explicarse a través de la absoluta carencia de conocimientos científicos de los grupos humanos que vivieron hace 30000 años. Su entorno natural constituiría, si no un medio tremendamente hostil, cuando menos sí ininteligible; cualquier fenómeno natural, sería un elemento extraño e inexplicable, y el único medio de comprensión y defensa, era traducirlo a un lenguaje sobrenatural, mágico o religioso. La mujer, en este contexto de conocimientos, era la única que poseía el «don sobrenatural» de la reproducción, ya que se desconocían las razones científicas que lo provocaban. La mujer por tanto podía crear, y este don, siempre relacionado con las divinidades, elevó a la mujer a la categoría de Diosa.

DIOSA DE LA TIERRA

La tradición artística de las representaciones femeninas heredada del paleolítico, adquiere una nueva dimensión frente a la etapa cultural neolítica, en la que la antigua economía depredadora o de subsistencia ha sido sustituida por

la economía de producción, a través de la domesticación de plantas y animales. Esta conquista crucial, modificó, en gran parte, las superestructuras conceptuales de los grupos humanos. Sin embargo la mitología y su imagería no cambiaron radicalmente. La mayor parte del simbolismo de los primeros agricultores y pastores se mantuvo, heredado de sus antepasados cazadores y recolectores. Las imágenes femeninas asociadas a la Diosa Tierra o Diosa Madre, con cuerpo de pez, serpiente, pájaro o astas de bóvidos, entre otros símbolos, hunden sus raíces en las tradiciones y creencias paleolíticas.

Pero pese a estas tradiciones ancestrales la nueva economía del cultivo y ganadería inspirarán modificaciones en el contenido mítico religioso.

Con el conocimiento de la agricultura y la domesticación de los animales, se consiguió dominar, en parte, a la díscola Naturaleza; muchas de sus plantas y animales que sobre Ella vivían, dejaron de ser salvajes y estuvieron supeditadas a la comunidad humana. La Tierra constituyó la base de esta mítica: fuerte, poderosa, fecunda, fértil, cíclica e imprevisible. Los ritmos biológicos de las plantas y animales constituían una poderosa atadura a la que los pueblos neolíticos estaban sujetos. Su cambio cíclico: nacimiento, crecimiento, muerte y resurrección, se consideraba como un poder sobrenatural. De nuevo la carencia de conocimientos científicos debía ser explicada. Se trataba pues de proteger las caprichosas fuerzas de vida y muerte y asegurar la perpetuación de las especies, incluyendo la especie humana.

A partir del neolítico, y ya desde el VIII milenio en Próximo Oriente, a la mujer se le confiere un papel de deidad; no olvidemos que sigue siendo la única capaz de crear, pero ahora será identificada a la Diosa Tierra, que no es otra que la propia Diosa Madre de la Naturaleza, concepto que pervivirá a lo largo de la historia, teniendo su mayor relevancia en las culturas clásicas con la diosa griega Demeter o la latina Ceres o Cibeles.

La imagería mítica neolítica nos informa extensamente sobre las creencias de este momento, sus conceptos sobre la estructura del Cosmos, sobre el principio del mundo, de la vida humana, animal y vegetal, así como de la dialéctica que se establece entre la humanidad y Naturaleza. De este modo manifestaron y explicaron su propia existencia.

El lugar central de este panteón de deidades fue ocupado por la mujer, Diosa Tierra, que emerge milagrosamente de la muerte comenzando una nueva vida; no es la Tierra, sino una hembra humana, capaz de transformarse en multitud de seres vivos de diferentes formas. La Diosa Tierra fue la responsable de transformar la muerte en vida, es decir de resucitar a los seres nuevamente. Este papel crucial la convierte en la deidad principal del panteón de los dioses.

La observación de los fenómenos de la «milagrosa» Tierra, a partir del conocimiento agrícola, promovió en parte el surgimiento del símbolo de la naturaleza sagrada de las semillas y la tierra sembrada, que será vinculado a una deidad poderosa y fecunda.

El panteón neolítico refleja, a la vez, a una sociedad dominada por la figura de la madre, como generatriz absoluta, cuyo papel simbólico religioso no estuvo supeditado al hombre.

El mundo religioso o mítico de este período neolítico no estuvo polarizado entre lo femenino y lo masculino, como ocurrirá más tarde entre otras culturas pastoriles nómadas; por el contrario evolucionará hasta que entre el principio femenino y masculino se produzca una simbiosis, cuya complementariedad otorgará más fuerza a la deidad femenina principal para ejercer su actividad creadora. En efecto, algunas de las representaciones de esta Diosa Tierra ofrecen una imagen hermafrodítica: su torso en forma de falo y sus caderas, glúteos y piernas, de mujer. De esta forma el poder de la deidad se duplica y fortalece.

Tampoco no tenemos evidencias suficientes para creer que la mujer tuviera un poder político y económico sobre el grupo humano, por tanto no nos atrevemos a hablar de matriarcado. Sin embargo, sí podemos observar con claridad que la mujer ostentó un poder religioso indudable, de gran importancia, traducido en las innumerables representaciones femeninas y de cuya simbología de dominio de las fuerzas naturales no existe ninguna duda. ¿Sería quizá más prudente hablar nuevamente de matrilineado? Es decir, que la descendencia, herencia de riquezas y parentesco se hubiera establecido por la línea filogenética de la madre y no del padre. Esta opinión nos parece más plausible, teniendo en cuenta que las sociedades neolíticas europeas no fueron sociedades jerárquicas ni tampoco se organizaron estaltamente, y que toda la mitología de este período fue heredada de las culturas paleolíticas. Será a partir de la entrada de las poblaciones de origen indoeuropeo pastoriles, y del descubrimiento de la metalurgia, cuando se organizará un sistema social jerarquizado de base patriarcal, con un simbolismo masculino individualizado y separado, muy diferenciado del femenino.

DIOSA DE LAS AGUAS. DIOSA DEL AIRE.

De entre las diosas femeninas del neolítico debemos destacar a la Diosa de las Aguas, y a la Diosa del Aire, simbolizada en forma de pájaro o serpiente; son imágenes maternas divinizadas que controlan el aire y el agua, alimento de la tierra, proporcionándole humedad, aire y lluvia, concebidas de forma metafórica como el sustento nutricional de la Diosa Tierra. En esta concepción entendemos que ambos elementos se conciben como algo inherente a la propia Diosa, y simbolizan su leche materna. Estas deidades femeninas se representan frecuentemente sujetando a bebés, imagen que perdurará desde la época neolítica al calcolítico, y se extenderá posteriormente al Mediterráneo oriental, integrada en las culturas minoicas cretenses, micénicas, griegas y chipriotas.

Sus formas, estilizadas, presentan el perfil de un pájaro, su cara, constituye

una máscara de ave; la inclinación de su cuerpo, ligeramente doblado, sus brazos rígidos, a veces con perforaciones para aplicar plumas, sus prominentes glúteos, en forma ovoide, que simbolizan el huevo cósmico, y los signos grabados en su cuerpo, que constituyen los ideogramas de la Diosa Pájaro, forman el conjunto de expresión simbólica del elemento etéreo.

Este cuerpo estilizado, a menudo se convierte en la representación de un falo, por alargamiento del cuello. Resulta así una imagen híbrida, que simboliza el principio femenino en un sincretismo sexual. Debemos recordar que este tipo de imágenes femeninas, representadas como simbiosis sexual, ya aparecieron en los primeros grabados auriñacienses de principios del paleolítico superior, hace unos 27000 años.

La Diosa Pájaro simboliza no sólo el aire, sino también puede simbolizar el agua; ahora el pájaro es una ave acuática, sustento de la Tierra a través de la leche nutricia de la lluvia, y del fruto de su fertilidad nace el «huevo cósmico», origen de la Madre Tierra y del Cosmos.

Esta misma simbología la encontraremos reflejada en numerosas culturas, por ejemplo en las mitologías egipcia, babilónica, hindú y griega, las cuales explican cómo surgieron las deidades de un huevo cósmico que fue creado por una serpiente o pájaro cósmico.

El griego Atenágoras nos cuenta este mito en el s. II d. C. «En un principio todo era agua. Del agua emergió una serpiente con una cabeza de león o toro, y entre éstas estaba la cara de un gigante, Herakles o Cronos. El gigante creó un huevo y el huevo se partió en dos. De la parte superior surgió el Cielo, y de la inferior, la Tierra».

Otro mito del Antiguo Egipto nos cuenta que el huevo cósmico lo pone un ganso del Nilo, que era adorado como creador del mundo.

De acuerdo con la historia de Orfeo, la Nyx, «la no creada» (la Noche) existía en forma de gran pájaro de alas negras, sobrevolaba una vasta oscuridad, puso un huevo del que salió volando Eros (dios del amor y la fecundidad), con alas de oro, mientras que de las dos partes de la cáscara surgieron Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra).

Este mismo mito se encuentra en Africa y en la mitología esquimal, y por tanto se puede considerar como universal.

Su origen, posiblemente, se remonta a la etapa paleolítica, como ya hemos dicho, ya que las figuras grabadas de perfil acéfalas y con nalgas prominentes recuerdan extraordinariamente la silueta de un pájaro. Al igual que las digitaciones rupestres en forma de serpiente, los llamados «serpentiformes», que se situaron en lo más profundo de las cavidades paleolíticas, pudieran simbolizar a esta Diosa Serpiente, animal que se oculta en el interior de la tierra, y que posteriormente encontraremos en compañía de las deidades minoicas e incluso en las vírgenes cristianas.

Por otra parte la Diosa Serpiente se representa con su cuerpo rodeado de

meandros o bandas o con serpientes enroscadas por sus nalgas, muslos y abdomen, su tocado o peinado tiene forma de espiral. Las bandas y espirales grabadas sobre su cuerpo simbolizan las aguas. En casos, lleva en sus brazos a un niño. Representa la Divinidad de las Aguas que fructifica la Tierra; no hay que olvidar a un mismo tiempo el simbolismo telúrico de la serpiente que se esconde en la Tierra y la penetra. De nuevo estamos frente a un sincretismo de ambos sexos, simbolizados en la femineidad.

La Diosa de las Aguas, ya sea con figura de serpiente o ave acuática o también de buho, formará parte importantísima del panteón de deidades femeninas pertenecientes a las comunidades neolíticas desde el VII milenio hasta el IV milenio en Europa. A fines del IV milenio aparece la misma deidad en Troya y también más tarde la encontraremos en el arte minoico-micénico, como ya hemos señalado.

Serán frecuentes durante el IV y III milenio en las etapas del neolítico final y el calcolítico, así como también las encontraremos en el período protopalacial (2000-1700 B.C) de la Creta minoica, y en la Grecia arcaica, plasmadas sobre vasijas dedicadas al culto religioso, o grabadas sobre las aras de sus templos. Su perduración es indudable y la podemos observar en la Grecia clásica a través de las imágenes de la diosa Atenea representada junto a un pájaro, buho o lechuza, y también con una serpiente que reptaba sobre su escudo o se escondía en él. También en la literatura clásica se la llama «diosa de ojos de lechuza».

Observamos pues las vinculaciones existentes entre el mundo mágico de origen paleolítico, y el mundo mitológico clásico. Mitología por tanto de profundas raíces que paulatinamente se irá adecuando a panteones de deidades masculinas, pero que pese a todas las desvirtuaciones que ha sufrido, aún es posible rastrear en nuestras propias religiones. Estas diosas constituirán, sin duda, la génesis de la explicación del Cosmos, de aquello que no es posible entender, sin contar con conocimientos científicos suficientes; es pues la explicación de una realidad ininteligible: lo sobrenatural. Serán la esencia primigenia de las religiones posteriores, que a través de la historia, han abrazado las comunidades humanas.

DIOSA DE LOS ANIMALES

La Diosa será asociada a los animales, como ya lo estaban las imágenes femeninas desde el período paleolítico; pero con el descubrimiento de la agricultura y la domesticación, las especies faunísticas, que son asimiladas a su culto, serán distintas. Ahora, animales domésticos como el perro y el cerdo, o salvajes como el toro, oso, ciervo y el macho cabrío, entre otros, acompañarán y se identificarán con la deidad creativa, cuyo poder, regirá la regeneración de las fuerzas de la Naturaleza y la Vida. Esta deidad gobernará tanto la vida salvaje como la doméstica.

Los animales, siempre machos, simbolizan esta fuerza física necesaria, a la vez que simbolizan la simiente masculina necesaria para la fecundidad. En las diosas neolíticas, de Anatolia y Mesopotamia, los animales, que flanquean sus cuerpos, son salvajes, preferentemente leones y leopardos. Estas imágenes de diosas prehistóricas, se identificarán con posteriores cultos, como el de la *Potnia Theron* correspondiente a las culturas Minoica y Micénica, flanqueada por perros o leones, monos o grifos alados, o el de Artemisa, rodeada de animales y pájaros, representada en los vasos griegos del siglo VIII y VII a.C.

La «Diosa Venado» (ciervo) también constituye una representación de la deidad con una antigüedad milenaria, que puede ser rastreada en numerosos folklores de Europa, sobre todo en Irlanda y Escocia. Y también la encontramos en la mitología del norte de Asia, ya que se cree que el día del apareamiento del ciervo corresponde al nacimiento de la Diosa Madre. Sin duda estas creencias hunden sus raíces en los cultos de los grupos cazadores paleolíticos.

Otro de los animales salvajes identificados con la maternidad es el oso. Se registra desde el V milenio en las culturas danubianas. Las imágenes de la deidad femenina con cabeza de oso, a menudo sustentan un niño en sus brazos, que amamantan. El culto celta a la *Dea Artio* es una evidente pervivencia de la simbología del oso dentro de la mitología materna de la diosa. No debemos olvidar que la Artemisa griega se representará entre dos ciervos y un oso. Esta simbología mitológica ha sobrevivido hasta el siglo XX, y aún es posible conocerlo a través del folklore eslavo y lituano, donde los recién nacidos son depositados sobre una piel de oso.

Desde los inicios del neolítico, el cerdo será uno de los animales domésticos asimilados profundamente al culto de la Diosa Madre. Desde el V milenio aparece su representación en centroeuropa y en Siria; la deidad presenta la cabeza de este animal, o bien se moldean en arcilla figuras de cerdo. Su culto se encontrará más tarde en el período cicládico o en los sacrificios a Demeter, de la Grecia clásica y helenística. La identificación y asociación del cerdo con la Diosa Madre, probablemente se pueda comprender a través de la gran fertilidad de este animal, la opulencia de su cuerpo, los beneficios que reporta su completo aprovechamiento, y, por supuesto, la rapidez de su crianza, todo ello identificado con la fertilidad de la Tierra.

DIOSA DE LA VIDA, DE LA MUERTE Y DE LA REGENERACIÓN

La Diosa de la Fertilidad o Diosa Madre es una imagen mucho más compleja de lo que podemos imaginar. No sólo era la deidad que controlaba la fertilidad, o la «Dama o Señora de las Bestias», que gobernaba la fecundidad de los animales y de toda la naturaleza salvaje, sino que su imagen constituía un compendio de todos los rasgos acumulados correspondientes a las eras preagrícola

y agrícola. Durante esta última etapa agrícola, neolítico, se convirtió esencialmente en la Diosa de la Regeneración, esto es, una Diosa Luna, símbolo propio de una comunidad sedentaria y matrilineal que abarcaba la unidad arquetípica y la multiplicidad de la naturaleza humana. Ella era la fuente de vida y de todo lo que producía fertilidad y, al mismo tiempo, era la poseedora de todos los poderes destructivos de la Naturaleza. La naturaleza femenina, como la Luna, tiene su cara positiva y su cara negativa, es dialéctica, creativa y cíclica. El símbolo lunar tendrá una pervivencia extraordinaria en la mítica religiosa, que aún podemos observar en las vírgenes cristianas.

Esta representación de Gran Diosa, surge en Anatolia a partir del VII milenio. Toma la forma de una mujer corpulenta, similar a la paleolítica. Sus manos normalmente se apoyan en sus pechos o bien descansan sobre cabezas de animales, en general leopardos. Sus representaciones se extenderán por Europa oriental y Grecia.

Sobre su cabeza se graba o esculpe un falo, o ésta se transforma en una representación fálica. Se encuentran en tumbas, y probablemente su simbología es la de Muerte y Regeneración. El constante sincretismo sexual, representado por la figura de la mujer, nos induce a creer que la imagen fálica es intrínseca al concepto de vida y resurrección.

Esta imagen de Gran Diosa se hace cada vez más estereotipada; a partir del V y IV milenio, se presenta más hierática, más rígida, con los brazos muy pegados al cuerpo y la cabeza enmascarada. Las figuras de esta deidad fueron depositadas en las tumbas, a pares o docenas, como ofrenda a los muertos. Su papel, dentro del ciclo de la vida, no puede ignorar una etapa esencial: la muerte.

La primigenia Diosa Madre-Tierra, ahora es la Gran Diosa de la Vida, Muerte y Regeneración, con una forma antropomórfica variable, cuyos poderes se manifiestan a través de formas de animales e insectos: tales como la abeja, la mariposa, el ciervo, el oso, la liebre, el sapo, la tortuga, el erizo y el perro. Es el símbolo mítico-religioso de una comunidad preocupada por los problemas de la vida y por los ciclos de la muerte y la regeneración.

Sin embargo, el tema central de la representación femenina fue la maternidad y el nacimiento, como símbolo de nueva vida y esperanza de supervivencia; su divinización proviene, como ya hemos señalado anteriormente, de su poder creativo. No existen deidades si no son capaces de crear, la mujer tuvo siempre este poder. La Gran Diosa lleva el soplo vital en su vientre, le da luz, lo toma en sus brazos, lo nutre con sus pechos y lo convierte en un dios joven: el dios masculino, el primitivo Dionisos, el demonio de la vegetación, íntimamente ligado a su madre, que es a la vez Diosa de la Naturaleza Virgen y Diosa de la Vegetación.

Así entendemos el nacimiento de la dualidad divina, de la ambivalencia sexual de lo femenino y masculino en el panteón de divinidades. Expresado más

tarde, en las imágenes míticas de la Grecia arcaica, con Hécate-Artemisa y Demeter-Kore, heredadas de una mitología prehistórica correspondiente a las culturas neolíticas y calcolíticas.

CONSIDERACIONES FINALES

Esta exposición ha intentado dar una visión breve y general de los aspectos que hemos considerado más sugestivos, acerca de la imagen de la mujer plasmada en relieves, grabados, pinturas y esculturas de una primera etapa prehistórica, sin olvidar referenciarla a períodos más recientes que pueden ofrecer más elementos de juicio.

El tema, sin duda, requeriría más espacio para un desarrollo suficiente; sin embargo, cuando menos, creemos haber incidido suficientemente en cómo la mujer en las etapas iniciales de la prehistoria fue considerada un ser mítico-mágico-religioso: en definitiva una deidad. Su fuerza dominó la fertilidad de los seres vivos y de las plantas, y se identificó con los propios ciclos de la Naturaleza. La Gran Diosa Madre, lo fue de la Vida, de la Muerte y de la Regeneración, así como de la Tierra y los elementos nutricios de ésta, el Aire y el Agua, de la vegetación y los animales. Estos ciclos vitales, se identificaron con la Luna y explicaron el origen del Cosmos.

Los testimonios arqueológicos de su veneración nos demuestran claramente su existencia, y las mitologías posteriores, de culturas diferentes y alejadas entre sí, nos informan de su pervivencia y extraordinario arraigo.

Hubo un tiempo en que la mujer fue considerada una diosa. Las superestructuras religiosas estaban dominadas por ella. Si tenemos en cuenta que por entonces el poder más importante que existía era la misma religión, puesto que aún no se habían consolidado las sociedades clasistas y tampoco existían plutocracias, ni grupos sociales basados en la economía de la guerra, no debe extrañarnos que el culto religioso, personificado en la imagen de la mujer, fuera el dominante entre las sociedades prehistóricas hasta el período calcolítico, cuando menos.

Cuando los grupos sociales se organizan en clases, nacerán las aristocracias militares, los señores y los príncipes, se generarán diferencias según el trabajo y la riqueza: campesinos, artesanos, comerciantes, pobres y ricos; todo ello dentro de un mundo de competencias y luchas. La mitología o la religión serán igualmente necesarias, pero ahora ya no constituirán un instrumento para entender la Naturaleza, a través de un lenguaje sobrenatural, sino para asegurar intereses económicos y de poder, acordes con las nuevas sociedades patriarcales. Adecuarán las antiguas creencias a sus propios dioses masculinos, la mujer será su consorte. Algunas de estas diosas –que hunden sus raíces en la mitología de la Diosa Madre, como la Atenea griega, descendiente directa de la diosa pala-

cial minoica y heredera de las diosas neolíticas europeas— se transformarán, del mismo modo Atenea cambió el antiguo culto, dejó su papel de deidad protectora de la ciudad de Atenas y se convirtió en la nueva Diosa de la Guerra.

En el mundo más primitivo, ligado fuertemente a la Naturaleza, la mujer y la simbología del género femenino, se identificaron con el equilibrio armónico de las fuerzas naturales y cósmicas personificado en una Diosa Suprema.

No hay duda que, a través de la historia, estos primitivos conceptos mitológicos han variado y se han tergiversado profundamente. La imagen de la mujer, como generatriz, ha dejado de ser identificada con la idea de deidad creadora. En la actualidad prácticamente en ninguna religión la mujer es una diosa; nos parece explicable, puesto que la mujer no participa, o apenas, en el dominio de la fuerza social y económica de nuestro tiempo, no tiene poder. Explicar las razones de esta pérdida nos obligaría a remontarnos a siglos atrás, y no es el tema que abordamos aquí. Sin embargo sí nos preocupa, que en algunos casos y en ciertos países, la mujer apenas está considerada una persona con derechos propios. Pese a todo en los estados más civilizados, ha conseguido alcanzar un lugar social relevante, a través de su lucha constante, su inteligencia y autosuperación en todos los aspectos de su vida. No dudamos que el futuro se llamará «mujer», en una venidera sociedad más igualitaria, solidaria y pacifista, acorde con la propia armonía de la Naturaleza.

BIBLIOGRAFIA

- Gimbutas, M. 1989, *The language of the Goddess*. Harper & Row. San Francisco.
- Gimbutas, M. 1980, «The Temples of Old Europe», *Archaeology*, 33, 6: 41-50.
- Gimbutas, M. 1982, *The Gods and Goddess of Old Europe: 7000-34500*, Thames and Hudson, London.
- Gimbutas, M. 1991, *The Civilization of the Goddess. The world of Old Europe*, Harper Collins Publishers, New York. San Francisco.
- Gómez-Tabanera, J. M. 1978, *Les statuettes femenines paleolithiques dites «venus» et leur signification dans le monde préhistorique*, Asturias-Perigord.
- Kalicz, N. 1970, *Dieux d'argile*, Corrina, Budapest.
- Leroi-Gourham, A. 1984, *Arte y grafismo en la Europa prehistórica*, Ed. Istmo, Madrid.
- Leroi-Gourham, A. 1971, *Les religions de la préhistoire*, P.U.F., París.
- Leroi-Gourham, A. 1984, *Símbolos, Artes y Creencias de la Prehistoria*, Ed. Istmo, Madrid.
- Lucien Levy-Bruhl, 1978, *La mitología primitiva*, Ed. Península, Barcelona.
- Mellart, J., Udo, H. and Belkis, B. 1989, «The Goddess from Anatolia», *Eskenazi*, 1-4, Milán.

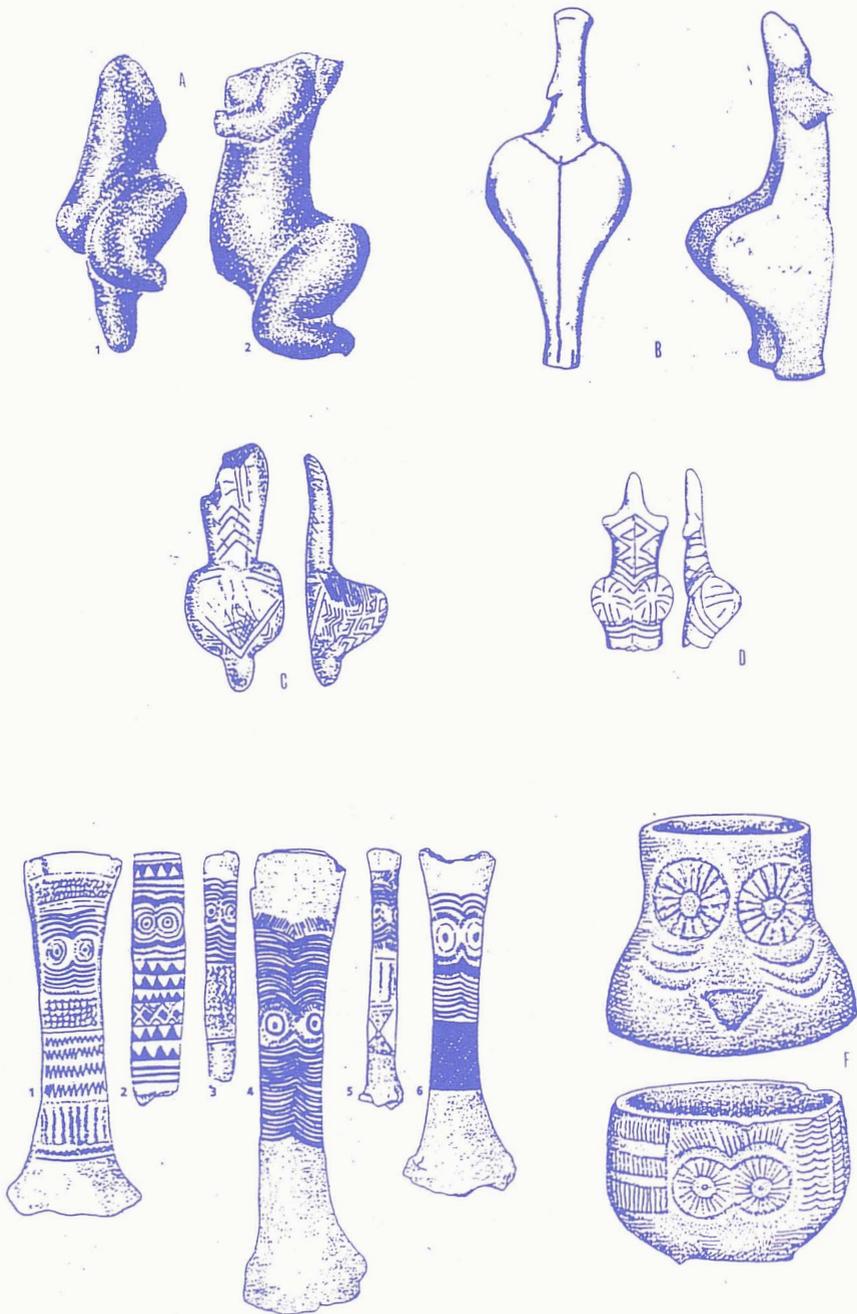


Fig. 1.- Representaciones femeninas de distintas épocas prehistóricas: A, esculturas paleolíticas; B, C y D figuras femeninas neolíticas con cuerpo de pájaro y franjas grabadas simbolizando el agua; E y F, huesos oculados y cerámicas decoradas con ojos de lechuza, en una de ellas se muestra el triángulo púbico de la deidad femenina, todos pertenecientes a la cultura megalítica.

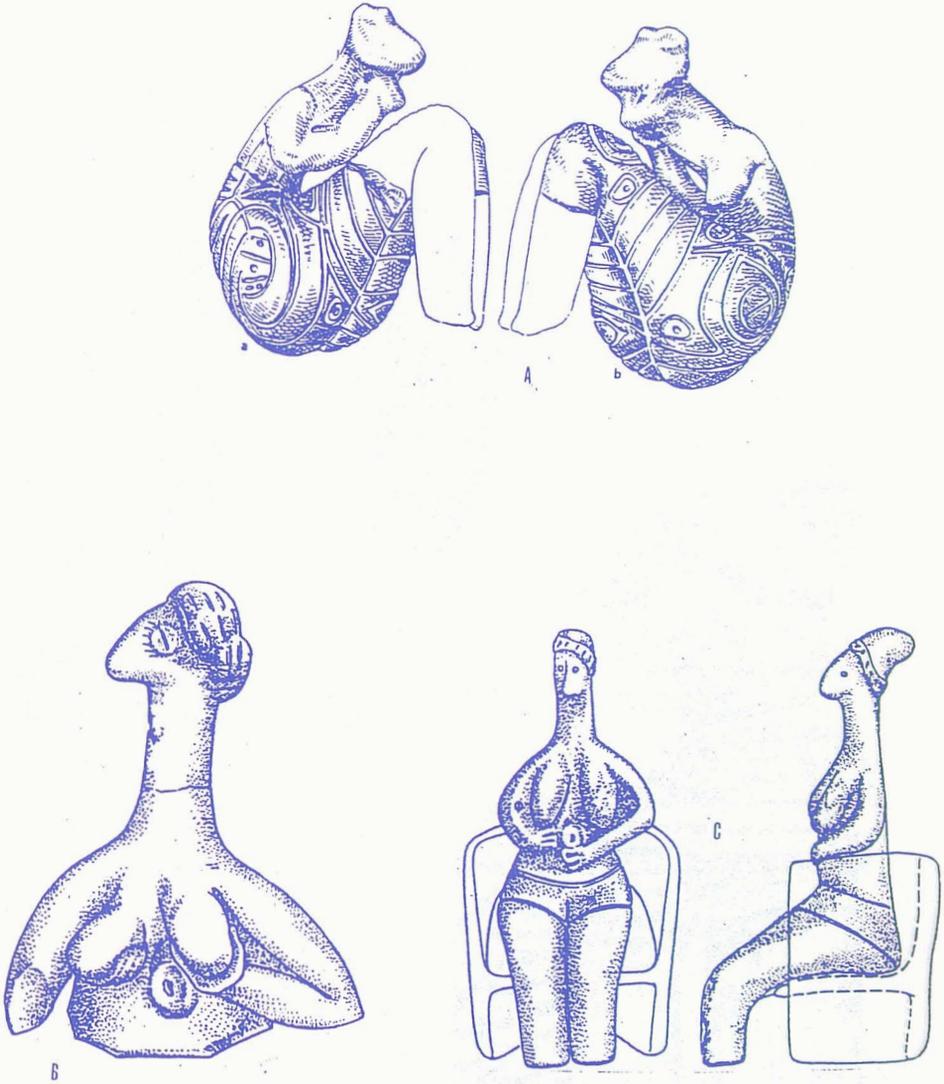


Fig. 2.- Estatuillas femeninas neolíticas: A, mujer en posición de parto con los símbolos incisos del agua; B, torso femenino en actitud de amamantar; C, figura femenina entronizada.



Fig. 3.- Dos versiones de deidades femeninas neolíticas con los símbolos incisos o pintados del agua.

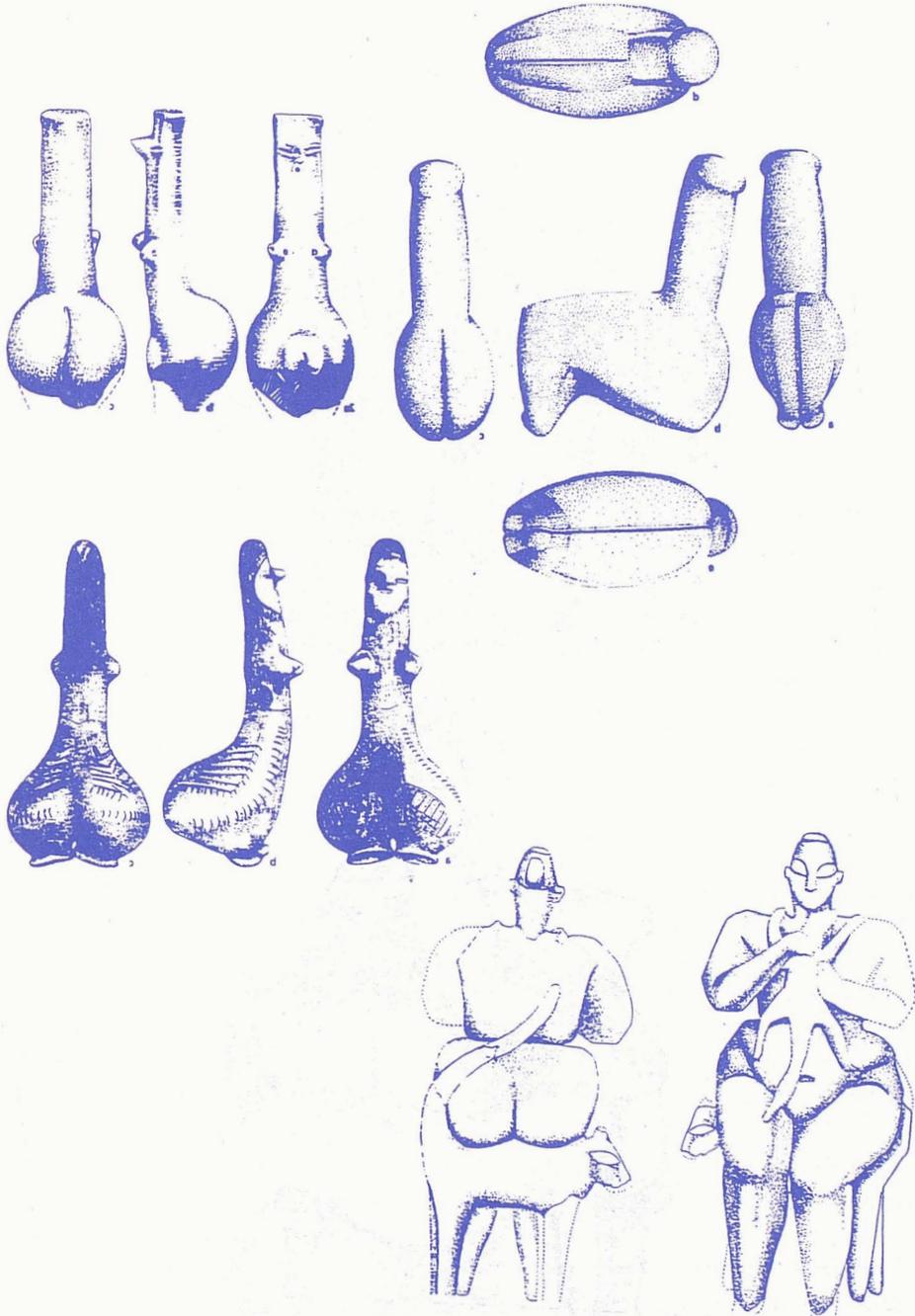


Fig. 4.- Figuras femeninas neolíticas de cuerpo de ave con el torso fálico. Representación entronizada de la Deidad de los Animales.

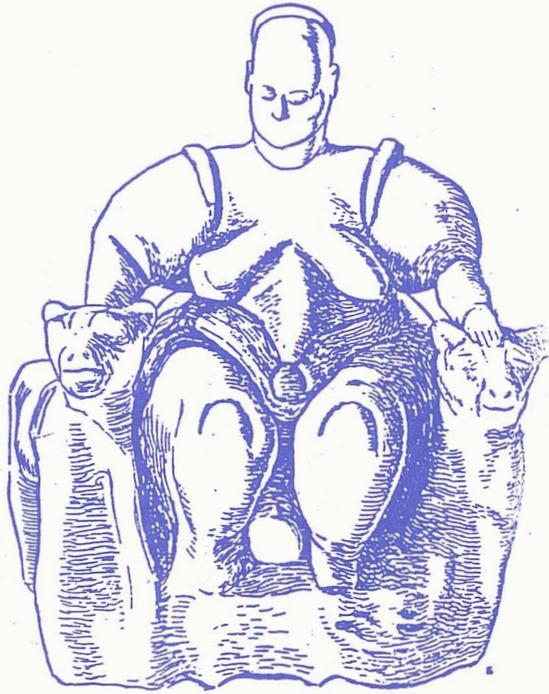


Fig. 5.- La Gran Diosa Madre neolítica de Anatolia, flanqueada por dos leopardos.